

UNO

Esto es lo que pasó: hace varios años, en un caluroso día de verano, me desperté de una placentera siesta y me preparé una taza de café. Mientras la sorbía, me di cuenta de que todo el mundo me miraba extrañado, aguantándose la risa. Cuando me agaché a ponerme las sandalias, descubrí la razón: alguien me había pintado las uñas de los pies —las diez— con esmalte rojo brillante.

—¿Qué ha pasado? —grité—. ¿Quién me ha pintado las uñas?

Desde el otro lado de la puerta del porche, que estaba entreabierta, llegó el sonido de unas risitas que enseguida reconocí de incidentes previos.

—Sé quién ha sido —dije, alzando la voz—. ¡Os pillaré y os pintaré la nariz y las orejas del mismo rojo brillante que habéis utilizado en mis dedos, y me las arreglaré para hacerlo antes de que se me enfríe el café!

Las risitas se tornaron en carcajadas que confirmaron mis sospechas. Mientras dormía, las dos hijas pequeñas de mi hermano, Roni y Naomi, habían entrado sigilosamente y me habían pintado las uñas. Más tarde me contaron que la mayor se había ocupado de cuatro uñas, mientras que la pequeña había hecho las seis restantes. Esperaban que no me diera cuenta y que saliera a la calle de esa guisa; sólo querían que fuese objeto de burla y escarnio público. Pero ahora que su plan había sido descubierto, irrumpieron en el salón al ruego de:

—¡No te lo quites, no lo hagas, es muy bonito!

Les dije que yo también pensaba que era muy bonito, pero que había un problema: me habían invitado a un «acto impor-

tante» en el que esperaban que hablase, y no podía aparecer ante la multitud con las uñas pintadas porque era verano y en verano llevo sandalias.

Las niñas contestaron que estaban al corriente de ambas cosas: el acto importante y mi costumbre de llevar sandalias, y que esa era precisamente la razón por la que habían hecho lo que hicieron.

Les dije que iría a cualquier otro acto importante con las uñas de los pies pintadas de rojo brillante, pero no a este en particular. Y que el motivo era el público que se congregaría allí, una multitud ante la que nadie en su sano juicio aparecería con las uñas de los pies pintadas, y menos de rojo.

El acto del que estábamos hablando era la inauguración del antiguo depósito de armas utilizado por la Haganá, una organización paramilitar judía que operó en Palestina durante el Mandato británico. Se encontraba en una granja de Nahalal, camuflado para parecer una fosa séptica de los establos de las vacas. En mi libro *La montaña azul* describo un depósito de armas idéntico que nunca existió, aunque construido y camuflado de la misma forma, en un pueblo imaginario del valle de Jezreel. Tras la publicación del libro, los lectores empezaron a ir a la granja real del pueblo, pidiendo ver el depósito de armas de verdad.

El rumor corrió de boca en boca, el número de visitantes aumentó y empezó a ser un incordio, pero los dueños de la propiedad fueron listos y sacaron provecho de su situación: reconstruyeron el depósito, montaron un pequeño centro de visitantes y añadieron una nueva fuente de ingresos a su granja. Aquel día, cuando las dos hijas pequeñas de mi hermano me pintaron las uñas de rojo, se celebraba la inauguración del nuevo depósito de armas, y me habían invitado a pronunciar unas palabras en el acto.

—Traed quitaesmalte para esta cosa tan bonita —les dije a Roni y Naomi—. ¡Y, por favor, daos prisa porque tengo que ponerme en marcha ya!

Las dos se negaron.

—¡Ve así! —dijeron.

Me senté y les expliqué que se trataba de un acto particularmente viril, que asistirían generaciones de guerreros del valle de Jezreel, veteranos de la Haganá, de las Fuerzas de Defensa de Israel y del Palmaj. Hombres de espada y arado, hombres que habían convertido sus lanzas en podadoras y viceversa. En resumen, chicas, gente que no reaccionaba bien ante hombres con las uñas de los pies pintadas de rojo.

Pero Naomi y Roni hicieron caso omiso a mis súplicas.

—¿Qué te importa? —gritaron—. Tú mismo has dicho que es bonito.

—¡Si no me lo quitáis, llevaré zapatos! —amenacé—. Nadie verá vuestro esmalte rojo. ¡Eso haré!

—¡Tienes miedo! —exclamaron—. Tienes miedo de qué dirán de ti en el pueblo.

Esas palabras surtieron efecto enseguida. Sin saberlo, las dos niñas habían dado donde duele. Quien conoce a los miembros del antiguo movimiento agrario colectivo y ha sufrido sus reproches, sabe que en los pueblos pequeños se ve todo, que se suelen hacer comentarios y que los rumores despegan y aterrizan como las grullas sobre un campo recién sembrado. Y más en lugares de pedigrí ilustre y afamado, como el de Nahalal. Aquí las normas son más estrictas y si te sales de la estrecha recta vía, si te desvías a la izquierda o a la derecha, arriba o abajo, aunque se trate de un único error cometido en la infancia, nunca se olvida. Especialmente si te consideran raro, excéntrico, *meshugah* o «un fracasado», que es lo contrario a *mutzlach*, una de las más excelsas expresiones que el pueblo otorga a sus hijos e hijas más afortunados, aquellos bendecidos con sabiduría, diligencia, capacidad de liderazgo y espíritu comunitario.

Pero, tras muchos años en la ciudad, la combinación de las palabras «qué», «dirán» y «en el pueblo» había perdido parte de su poder y amenaza. Así que lo reconsideré y decidí aceptar el

reto o, para ser más exactos, las sandalias. Me las puse, me metí en el bolsillo las notas del discurso que había preparado y puse rumbo a la inauguración del antiguo depósito de armas con las uñas rojas al aire.

Todos los que estaban en casa se me quedaron mirando: algunos con risa, otros con pesar, algunos con alegría por el mal ajeno, otros con recelo. ¿Volvería a reencontrarme con mi hogar y mi familia? ¿Y en qué condiciones?

Aquí debo admitir y confesar que, pese a mi despliegue de valentía al salir de casa, me puse cada vez más nervioso conforme me acercaba al evento. Cuando llegué, estaba completamente fuera de mí. Recé en silencio para que nadie reparara en las uñas de mis pies, y mis oraciones fueron escuchadas. Nadie hizo comentario alguno, nadie dijo ni pío. Es más, todo el mundo fue cariñoso y amable. Mis manos recibieron una avalancha de vigorosos apretones y acabé con los hombros doloridos de tantas palmadas en la espalda. Hasta mi corto discurso salió bien y contentó al público, o eso me pareció a mí.

Naturalmente, hice un uso metafórico del depósito de armas como una imagen de la memoria y lo que se esconde en las profundidades del alma de una persona. Como suelen hacer los escritores, parlotee sobre lo que está por encima y por debajo de la superficie, lo que el ojo ve y lo que no, y tardé poco en aludir al socorrido e infalible recurso literario de la «imagen y la realidad», la «relación entre verdad y ficción en la literatura» y otros muchos ganchos que los escritores utilizan alegremente para vender sus obras.

Cuando terminé de hablar, descendí del pequeño estrado y respiré aliviado. Una de las hijas de la familia en cuya propiedad se había construido el depósito se acercó y me pidió intercambiar unas palabras en privado. Me dio las gracias por mi discurso y dijo que había estado bien. Pero después, casi como una ocurrencia tardía, añadió que quería saber cuál era mi esmalte de uñas preferido. Me dijo que le había encantado el

tono que llevaba, y también a dos amigas suyas sentadas entre el público, que le habían encargado que averiguara los detalles.

Y cuando el mismo tono de rojo empezó a poblar mis mejillas, la chica se apresuró a añadir que en su caso no había ningún problema, es más, que le parecía muy bien, algo que siempre había sentido que faltaba en el pueblo y que podría ser un feliz presagio de las cosas que estaban por venir. Sin embargo, para otros miembros del público mi apariencia en el acto había levantado ciertas suspicacias.

—Creí que nadie se había dado cuenta —señalé.

—¿Que no? Si todo el mundo lo ha estado comentando —dijo ella—. Pero, si te sirve de consuelo, a nadie le ha sorprendido. Hasta he oído decir a alguien: «¿Qué te esperabas del chico? Lo ha heredado de Tonia. Estaba igual de loca. Así son en su familia».